



**El Búho**

**Revista Electrónica de la Asociación Andaluza de Filosofía.**

**D. L: CA-834/97.**

**ISSN 1138-3569.**

## LA SABIDURÍA DE LOS CUENTOS

Dr. José Biedma López

*Conferencia pronunciada en Jaén, el 26 de Octubre de 2002, en el Antiguo Hospital San Juan de Dios, con motivo del III Congreso de Cultura Tradicional de Jaén, dedicado al estudio de la Mitología popular jiennense.*

### Mito e identidad

Es un hecho que nuestras vidas no pueden ser vividas científicamente, ni tan siquiera lógicamente. La razón es un instrumento que raras veces usamos con precisión, y, algunas de esas veces, para mal ('corruptio optimi pessima'). La perversión de los mejores razonadores resulta funesta. Como dijo el poeta, la cuna del hombre la mecen con cuentos, no con razones. Y mientras seamos hombres, así seguirá siendo. Es también un cuento creer que podemos vivir sin cuentos, un mito, una vida humana sin mitos, o un "metarrelato", como dicen los postmodernos. Nos edificamos como sujetos narrativos, mientras nos cuentan y nos contamos cuentos, en los que hallamos modelos y contramodelos, identidades y diferencias, ilusiones, ideales, alucinaciones y pesadillas. Nos construimos en lo imaginario, por acercamiento y apropiación de esas formas. Nuestro "yo", la imagen que tenemos de nuestro ser, es poco más que una representación imaginaria, un efecto de los cuentos que nos cuentan y nos contamos, y, en imprecisa medida, una creación fantástica. Nuestro yo tampoco es más que un mito. Tal vez por eso, Ortega caracterizaba el quehacer de la vida humana como una tarea literaria y asemejaba el vivir al novelar.

Las fábulas, los mitos, las parábolas, las alegorías, las grandes epopeyas y tragedias sobre los orígenes, y las grandes utopías y ucronías sobre el mal y el bien y el destino de la humanidad, afectan más decisivamente que la ciencia a nuestra moral, esto es, a nuestro carácter y a nuestras costumbres. Nuestra identidad, como han supuesto Hanna Arendt o Paul Ricoeur, es un fenómeno narrativo. Responder a la pregunta "¿quién?" es contar la historia de una vida. La biografía dice el quién de la acción, la bio-grafía, no la biología. (\*)

Dentro de cada uno de nosotros habita un niño que se cuenta cuentos a sí mismo, se consuela, se entusiasma y se anima (echa alma), o se aflige, a base de fantasías. Sin embargo, la mayoría de nuestros miedos, de nuestros temores inconfesables –como sabía Séneca- también responden a causas imaginarias, a invenciones de la mente.

### Sueños colectivos y moralejas

Los mitos son, a la forma de ser de un pueblo, lo que los sueños son para el inconsciente del individuo. No sabemos muy bien por qué nos es imprescindible soñar, sea para purificarnos de deseos y emociones peligrosos, sea, simplemente, para descargar la memoria de tensiones inútiles... Pero lo cierto es que, sin soñar, enloquecemos. Los chinos idearon una tortura para debilitar la mente del individuo, despertándole cada vez que el torturado iba a soñar, acababan también con su sentido de la realidad. Un pueblo sin relatos propios es un pueblo sin vigor y sin futuro, porque lo que se transmite con los relatos es el conjunto de reglas prácticas que constituye el lazo social, así como la fuerza creadora. Cada parábola, cada fábula, tienen su moraleja. Los educadores deberían recordar esto más a menudo y ¡aplicarse al cuento! Educar no es, al principio, otra cosa, sino edificar por medio de cuentos.

Por supuesto, los cuentos suelen estar poblados de ángeles y hadas madrinas, pero también de demonios, de ogros y de esfinges feroces. En el saber narrativo se conforman nuestros criterios y actitudes más profundos e incommovibles, aquellos que regulan nuestro comportamiento, la mayor parte de las veces sin que nos demos cuenta. Así que tiene mucha importancia seleccionar de entre todas las fantasías, aquellas que de verdad nos parezcan edificantes, los sueños más razonables, las esperanzas mejor fundadas.

Para una niña que ha sido violada y asesinada en un descampado, el lobo acabó siendo más real que para Caperucita... El cuento avisa de que existe el mal, lo coloca en el lugar adecuado. Tiene un claro valor previsor, pragmático. Los mitos se refieren siempre al gran enigma de los orígenes y al capital problema de la existencia del mal. La comprensión que proporciona el saber narrativo pertenece así a otro nivel distinto del científico, un nivel que explota el sentimiento y el sentido de nuestra pertenencia al conjunto de lo que es. Como han puesto de manifiesto los antropólogos, el pensamiento mítico de ningún modo pertenece necesariamente a una etapa infantil o primitiva, sino que expresa una actitud síquica, o un modo de enfrentamiento con la realidad, propio del hombre como tal. El mito procura la inserción total del hombre en la realidad mediante la participación absoluta de su ser en el orden cósmico. “El mito salva al hombre de su condición humana y de la limitación de su circunstancia histórica, incorporándolo mágicamente a un presente eterno, donde él ya no es un ‘caso’ aislado, sino un participante del orden universal” –ha escrito José Luis Abellán.

Por tanto, nos constituimos, pero también nos trascendemos, en las historias que contamos, en esa intemporalidad evanescente e inmemorial donde habitan los dioses y los duendes, Superman y Prometeo, Juan Sin Miedo y Garbancito, Periquitico y Periquitica, la Tía Tragantía y Cenicienta, pero también Jaimito y el gañán de Lepe, también Adán y Eva, Cristo y la Serpiente... La historia está constituida, en cierta medida, por los acontecimientos que el hombre produce en la persecución de sus utopías.

## Poder y límites de la imaginación

Platón tal vez menospreció el poder de la imaginación (*eikasía*) al considerarla como el grado inferior de conocimiento. Como “anticipo del conocimiento” (A. Jacquart), la imaginación forma parte del camino que nos acerca a lo real. Sin imaginación, no podría haber creación. Aunque la imaginación sea la “loca de la casa”, la prostituta de la mente, sería también verdad que sin esa *drag queen*, la casa estaría muy descolorida y triste. Para Bachelard, la imaginación es lo que aporta ese “suplemento” que hace de nosotros unos animales diferentes. Lo que nos distingue del resto de las bestias es nuestra capacidad de pensar el futuro y hacer proyectos. El futuro no existe, aunque sólo puede servir de objeto del libre juego de la imaginación.

Al lado de nuestro matrimonio razonable, y a veces aburrido, con la lógica, nuestras aventuras amorosas con la imaginación nos hacen entrar en espacios de creación jubilosos. La imaginación no excluye la racionalidad. La misma tradición utópica, y distópica, pertenece a la tradición del racionalismo, pues la utopía es –como dice Platón en la *República*– una ilusión racional, un sueño de la razón, la expresión racional del deseo de salvación eterna realizado en otro espacio y/o en otro tiempo. No confundamos, por tanto, lo imaginario con lo irracional. La imaginación sólo es verdaderamente peligrosa, social y éticamente peligrosa, cuando la razón le parece una traba insoportable; entonces todos los absurdos resultan posibles, entonces parece que el fin justifica los medios. Sobre todo cuando se apela a la imaginación para suplir nuestra impotencia, como ocurre con las acciones supersticiosas. Sin un contrapoder, la imaginación suministra falsas ilusiones, en lugar de abrirnos perspectivas nuevas.

Lo que hay en el grado más bajo del conocimiento, citando a Platón, no es la imaginación, sino la ilusión de que lo imaginado es lo real antes de haber llegado a demostrarlo. Hay que tener cuidado con esto, porque todos los tiranos alienan a sus víctimas con la promesa de Paraísos Imposibles y hasta ridículos. Caja tonta, tótem electrónico o niñera perversa, el éxito de la televisión depende de que funciona las veinticuatro horas como un narrador infatigable, como un flautista de Hamelin de nuestros sentidos críticos, como una terminal del poder en el corazón de los hogares, para mejor control y modelado de nuestro imaginario... Todos los tiranos saben que el ojo tiene línea directa con el corazón.

La lucha contra el error comporta la detección de los mitos que nos animan, de los imaginarios que nos hipnotizan, pero de ello ni puede ni debe resultar una desmitificación o una desideologización. La eliminación del mito es también un mito, una quimera. Los mitos y lo imaginario formaron, forman y formarán parte de la existencia humana, a no ser que ésta cambie esencialmente su condición, haciéndose puro mecanismo. El verdadero problema es reconocer el carácter mítico de los mitos, elegirlos autónoma y poéticamente, conservarlos bajo control, haciendo dialogar nuestra racionalidad con ellos.

## El control de lo imaginario

La utopía tiene desde luego su patología, y no hay receta mejor para curarla que el libre examen, el análisis despejado, así como su aplicación razonable. Una serie de disciplinas humanísticas y filosóficas han servido históricamente a tal fin, porque exploran la perspectiva de lo posible: la *dialéctica*, como el arte de recibir y dar razones probables; la *retórica* (como arte de la persuasión, generador de convicción y plausibilidad); la *hermenéutica*, que une la aplicación a la interpretación y la comprensión histórica; la *poética*, en la medida en que no hay más que soluciones particulares inventadas *ad hoc* para situaciones singulares, y dichas soluciones dependen de la imaginación productiva.

Existen en efecto modos de conocimiento y sentidos vitales, que afectan esencialmente a nuestra condición, la expresan e interpretan, los cuales no pueden ser contenidos ni formulados por el discurso científico. La ciencia no sabe nada del amor ni de la envidia, nada de la justicia o de la justa indignación, ni de la simpatía ni de la ternura, ni de los profundos sentidos que ha hallado la inteligencia sentiente y el sentimiento inteligente en el hondo hueco del sufrimiento y de la muerte.

Belleza y gracia, como universales estéticos, así como el efecto terapéutico que proporcionan al espíritu, justificarían por sí mismas la preservación del saber mitopoético. ¿Qué me importa que la historia de Narciso o de la Dama de las Camelias no sea verdad, si puedo gozar con ellas, si me purifican del fastidio de la realidad?

## Crítica del metarrelato postmoderno

Cuando nuestras autoridades postmodernas reducen la atención que la educación pública dedica a los saberes narrativos, a las humanidades, a favor de los saberes “útiles”, no están dando una prueba de madurez intelectual, sino que están cediendo a un nuevo metarrelato, a un nuevo mito, que como todos, porta también un criterio de legitimación; a saber, que nuestra vida ha de encontrarse por completo volcada hacia el incremento del poder y que toda la felicidad se encuentra en la optimización de las actuaciones del sistema, es decir, en la eficacia....

Lyotard, un filósofo postmoderno, percibió muy agudamente la falta de equilibrio en las relaciones entre el saber narrativo y el saber científico. El saber narrativo moderno, ilustrado, tolera y anima al discurso científico, dotándolo de una legitimación razonable con su filosofía de la historia. La ciencia aparece así como un importante factor de progreso y de formación humana. Pero la inversa no es verdadera, cuando el científico constata que los discursos narrativos no están sometidos a demostración y prueba, los descalifica como otra mentalidad enemiga: primitiva, subdesarrollada, atrasada, alienada, supersticiosa, errónea... Los relatos son así leyendas buenas sólo para el entretenimiento o sólo para viejas, ignorantes y niños. ¡Cómo si se pudiese pensar sin prejuicios y vivir sin creencias!

Puede que la imaginación simbólica (el mito) sea una forma más antigua de comprensión, más ingenua y sentimental, que el pensamiento lógico (logos). Pero en los mitos hay un fondo de verdad que no puede ser dicho de otro modo, que sólo puede ser representado y comunicado en lo verosímil, mediante narraciones. Si bien la ciencia y la filosofía nacieron de la crítica de los supuestos irracionales del mito, el mito no dejó de seguir por ello expresando sintéticamente los símbolos, esto es, los *vínculos* fundamentales bajo los que opera la conciencia intelectual de los pueblos, nada más y nada menos que la imagen que tenemos de la *génesis* y del *para qué*. El saber no vale un pimiento si no sabemos cómo usarlo con sentido y para qué, si no tenemos al menos un vislumbre de lo que buscamos a tientas, entre las sombras. Cosas y acciones no poseen más sentido que el que les otorgamos imaginativamente, el que les donamos poéticamente. A falta de sujetos imaginantes, sólo contamos consumidores compulsivos. Toda cultura ha sido engendrada por ese convencimiento profundo de que los hechos del mundo no son, ni nunca serán “todo lo que hay” (Wittgenstein).

Además, hay una causalidad profunda que une ciertos mitos con ciertas formas intemporales de la vida. Luis Cernuda disfrutaba así en la mitología pagana “la nostalgia de una armonía espiritual y corpórea rota y desterrada siglos atrás de entre las gentes”. Qué duda cabe que la mitología cristiana ha sido articulada durante siglos por el arte y la cultura como una gramática generativa, creativa, como un código que permitía expresar y comunicar, refinar y transmitir sentimientos y relaciones con vastas pretensiones de universalidad fraterna. George Steiner ha puesto recientemente de manifiesto de qué manera la religión misma se puede entender como una respuesta narrativa a la pregunta metafísica cardinal: “¿por qué hay ser y no, más bien, nada?”. El postulado mesiánico y utópico tal vez sea irracional, pero dicha intuición trascendental dignifica a la razón. “Somos criaturas con una gran sed, obligados a volver al hogar, a un sitio que nunca hemos conocido” (Steiner)

El Kosmos aparece así como la *opus máxima* divina, un cuento formidable en el que sólo existimos como personajes, como representaciones imaginarias, mientras Dios nos sueña. En el otro extremo de la razón positivista, el soñador puede construir una Metafísica Poética. Oigamos al oficiante del *Ars Quimérica*: “La imaginación es omnipotente y sostiene la realidad. Para mí la imaginación es el todo. Y, efectivamente, basta imaginar una cosa para que ésta exista” –escribe Cristóbal Serra.

## Colonialismo mítico y escape creativo

Para llegar a ser el que uno es, debe ensayar sus propios sueños, crearlos originalmente. Uno debe crear para creer y uno necesita creer para crear, para alcanzar la dignidad de convertirse en señor de su fe. El más profundo y peligroso colonialismo que se avecina, y que existió siempre, es el de la virtualidad de los sueños. Soñamos sueños ajenos, sueños de sueños. Nuestras mentes son industrialmente modeladas por los *Mass Media*, intoxicadas con sus mitos *klinex*, por la ramplona cursilería de *yankilandia*, por un fetichismo *kitsch*, hipnotizadas por el incesante masaje futbolero, por el efectista espectáculo dispuesto por Lucifer, metido a ingeniero de luminotecnia y *showman* de espectáculos multimedia.

En nuestra imaginación está el resistirnos, queriendo ser todo en nuestros sueños, en lugar de devenir

casi nada en sueños prestados, o comprados a la industria del entretenimiento por el carísimo precio de nuestro tiempo... Las raíces del futuro son antiguas: debemos seguir guardando y recreando viejos relatos, nombrando a viejos dioses para que regresen rejuvenecidos, desempolvando moralejas de añejos cuentos, en que hacer madurar el sentido común y el buen juicio, reinterpretando la inmensa transgresión del don Juan, en esa orgiástica conversación con los difuntos, que son la cultura y la historia, imaginando lo que podemos ser en lo que fuimos, para diseñar con sentido un espacio y un tiempo habitables, a los que dirigirnos. Pues al fin, “tal es la nada de las cosas humanas que, excepto el Ser que existe por sí mismo, no hay nada más bello que lo que no existe” (Rousseau, en *Julia o la nueva Eloísa*).

En fin, y concluyendo, hay muy buenos motivos para preservar críticamente el mito y cultivar pedagógicamente el relato tradicional: porque nos habla de lo que no podemos saber, sólo imaginar, de lo posible y verosímil, nuestro origen y destino; porque necesitamos imágenes del alfa y del omega para dar sentido y fuerza a nuestras vidas; porque las creencias están en la raíz de nuestras creaciones; porque advierten sobre los peligros que nos acechan y previenen de los males que nos afligen; porque tienen valor moral y sentido ético y en ellos podemos y debemos edificarnos como representaciones simbólicas; porque somos cuentos; y porque los cuentos son hermosos y procuran un entretenimiento inocuo y una evasión compensadora.

## Nota

(\*) Después de pronunciada esta conferencia he podido leer el interesante artículo de Carlos Muñoz Gutiérrez: “Psicología Científica o Psicología Popular” (<http://aparterei.com/page34.html>). En este texto se hace una brillante defensa del Modelo Narrativo de la Mente, de acuerdo al realismo interno de Putnam y siguiendo ideas de J. Bruner (*Actos de Significado*), y una crítica del modelo cognitivo dominante, modelo que explica la mente como un sistema emergente de procesos computacionales básicamente inconscientes. Frente a la idea de la mente como una máquina de procesamiento de información, se propone el modelo de **narración** como herramienta de análisis y representación de la acción humana, puesto que: a) nuestra acción en el mundo es el argumento de una trama narrativa; b) comprendemos el mundo narrándonos dicha trama; y c) nos expresamos y comunicamos contando. Así pues, todos los procesos por los que categorizamos, recordamos, sentimos y deseamos, regulamos nuestra conducta, interactuamos con los demás, etc., contienen historias que elaboramos conscientemente y que vivimos y revivimos como personajes de un drama en el que no sólo debe contar psicológicamente lo que somos, sino más bien, lo que queremos ser, lo que he llamado el ser proversivo.

José Biedma López,

Vocal de la Asociación Andaluza de Filosofía,

Codirector de Alfa,

[josebiedma@vianwe.com](mailto:josebiedma@vianwe.com)

<http://www.vianetworks.es/personal/josebiedma>

<http://www.Tabularium.info/biedma>

## Bibliografía

José Luis Abellán. *Mito y cultura*, Seminarios e Ediciones, Madrid, 1971.

Luis Cernuda. “El poeta y los mitos”. Ocnos. En *Prosa Completa*, Barral, Barcelona, 1975.

Albert Jacquard (con la colaboración de Huguette Planès). *Pequeña filosofía para no filósofos*, Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, Barcelona, 1998.

Edgar Morin. *Mis demonios*, Barcelona, 1995.

Platón. *República*. 3 vv, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1981.

Paul Ricoeur. *Tiempo y narración III*, Siglo XXI, Méjico, 1996.

-*Du texte à l'action, Essais d'hermenutique II*, Seuil, Paris, 1986.

Cristóbal Serra. *Ars Quimérica*, Bitzoc, Mallorca, 1996.

George Steiner. *Gramáticas de la creación*, Siruela, Madrid, 2001.